

ERNESTO J. A. MAEDER
MARÍA ALEJANDRA FANTÍN
MARÍA LAURA SALINAS
(COORDINADORES)

ESTUDIOS Y
CONTRIBUCIONES

EN HOMENAJE A LA DOCTORA
NORMA CRISTINA MEICHTRY

Estudios y Contribuciones : homenaje a la doctora Norma Cristina Meichtry / Ernesto J.A. Maeder ... [et.al.]; coordinado por Ernesto J.A. Maeder; Alejandra Fantin; María L. Salinas. - 1a ed. - Resistencia: ConTexto Libros, 2012.

366 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-1885-26-8

1. Investigaciones Geohistóricas. 2. Antropología Cultural. I. Maeder, Ernesto J.A. II. Maeder, Ernesto J.A., coord. III. Fantin, Alejandra, coord. IV. Salinas, María L., coord.

CDD 306

Fecha de catalogación: 16/11/2012



de Rubén Duk

Yrigoyen 318 - C.P. 3500
Teléfono (0362) 4449652
Resistencia - Chaco
www.libreriacontexto.com.ar
info@libreriacontexto.com.ar

Diseño Gráfico: Paula Delvalle
Diseño Interior: Pablo García
Fotografía de Tapa: Silvana Delvalle

Hecho el depósito de ley 11.723
Derechos reservados
Prohibida su reproducción parcial o total

**EL IIGHI. UNA AVENTURA INSTITUCIONAL
COMPARTIDA. LA ETAPA CORRENTINA
(1979-1983)**

*Ernesto
J. A.
Maeder**

Hace pocos días, y con motivo de ciertos cambios de personal administrativo en el Instituto, se movieron papeles y archivos. Al mismo tiempo, algunos amigos nos preguntaron sobre el origen del IIGHI y por su trayectoria ambulante en los primeros años. Ello es comprensible, dado que entre el personal que hoy lo integra predominan investigadores y becarios jóvenes, ajenos en su mayoría a esa historia doméstica.

La crónica de sus orígenes y su desenvolvimiento, si bien puede ser rastreada en los archivos y las memorias, permanece inédita. Otro tanto ocurre con los recuerdos personales de aquellos que, por su edad y por haber participado de los orígenes, conservan en la memoria hechos, anécdotas y vivencias de más de treinta años compartidos en esta institución. Pero algunos ya están jubilados, alejados, y otros incluso han fallecido.

De modo que la pregunta aludida, el tiempo transcurrido y el deseo de referir aquellos recuerdos, nos ha incitado a redactar esta crónica. Para ello hemos tenido presente papeles propios y ajenos, fotografías y sobre todo el testimonio oral de quienes, como Alfredo Bolsi y Norma Meichtry –entre otros– nos han ayudado

con sus recuerdos y reflexiones.

El propósito de esta líneas es referir la finalidad que nos guió en esta empresa, canalizando institucionalmente a través del CONICET una serie de tareas y proyectos que venían realizándose en paralelo con nuestra labor en la UNNE; el modo en que se incorporó su personal y cómo se llevaron a cabo los proyectos de investigación y difusión de nuestros estudios geo-históricos en el ámbito del Nordeste argentino, que nos fuera asignado. Nos ha parecido suficiente para esta ocasión detenernos sólo en los primeros tiempos, que creo merecen conocerse como *La etapa correntina del IIGHI (1979-1983)*.

El origen del Instituto

El IIGHI nació a principios de 1979. Sin embargo, su gestación es algo anterior, ya que surgirá como parte de la política del CONICET en apoyo de proyectos de investigación regional y afianzar centros de investigación en el interior del país. En el caso del NEA, ello dio lugar al encauzamiento institucional de algunos programas que se hallaban en ejecución desde los inicios en 1974, en vinculación con la UNNE o con la Oficina de Progreso Social del Paraguay a través de convenios institucionales. Entre ellos, recuerdo el vinculado con la migración brasileña en Misiones y también otro, de más largo alcance, sobre las previsiones del impacto de las grandes obras hidroeléctricas del Paraná en el sur del Paraguay y el NEA. De ambos proyectos estuvo a cargo el doctor Julio César Espínola, entonces profesor de Antropología en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la UNNE, quien nos convocó a varios de nosotros para encomendarnos aspectos parciales de este último proyecto.

Estas actividades fueron poco después enmarcadas en el Proyecto de Estudios Regionales (PER) y se consolidaron a través de un convenio con la UNNE del 15 de diciembre de 1976, que facilitó la participación de sus profesores en estas tareas. Más tarde, y a través de otro convenio del CONICET con la Fundación para el

desarrollo del Nordeste (FUNDANORD), se creó el Centro de Estudios Regionales (CERNEA) el 12 de abril de 1977, reuniendo en el las dis- tintas investigaciones en marcha. Sus resultados, además de los informes co- rrespondientes, se publicaron en la *Revista de Estudios regionales*, que editó tres números entre 1976 y 1978 y los *Cuadernos Regionales*, que publicaron 18 títulos entre 1978 y 1982. En esas publicaciones, Alfredo S. C. Bolsi, Rubén Borrini, Norma Meichtry y yo participamos con varios artículos.

Al mismo tiempo se iban formando otros institutos como el Centro de Ecología Aplicada del Litoral, CECOAL en Corrientes o el Centro de Diagnóstico e Investigaciones Veterinarias de Formosa (CEDIVEF), que junto con el IIGHI fue parte de esa política del CONICET en el NEA.

Cómo se diseñó y funcionó esa política y cómo de ella resultó la creación de dichos institutos, así como la relación de éstos con la Fundación para el Desarrollo del Nordeste, o FUNDANOR, entidad en la cual el CONICET delegó la atención administrativa y financiera de los mismos es otra historia, que tal vez merezca conocerse, y que eventualmente habrá que referir en otra oportunidad.

El IIGHI fue fundado como resultado de un convenio formalizado entre el CONICET y FUNDANORD, fechado el 17 de marzo de 1979. En dicho documento, el interventor en el CONICET doctor José Antonio Haedo Rossi y el presidente de FUNDANORD ingeniero Manuel Gómez Vara acordaron en 23 artículos los fines y funciones del IIGHI, su organización y la del comité de representantes, las funciones del director, del subdirector y del personal, así como los recursos, la duración del convenio y la coordinación del IIGHI con el CERNEA. En cláusulas transitorias, se dispuso la elección del director y las medidas inmediatas para poner en funcionamiento la institución. En esa oportunidad se me designó para ese cargo, y a Alfredo Bolsi como subdirector, al tiempo que los representantes designados por ambas instituciones. El con- venio mantuvo su vigencia sin mayores cambios.

La sede asignada para su funcionamiento se hallaba en

Corrientes, más precisamente en las afueras de la capital, sobre la Ruta 5 a San Luis del Palmar, en cuyo lugar se habían construido en 1978 edificios apropiados para el CECOAL, el CERNEA y el IIGHI. Allí estaba ubicado un centro de otra reparación nacional, el Instituto Nacional de Ciencia y Tecnología Hídrica (INCYTH). Nuestras instalaciones eran nuevas y recién terminadas; la sede fue inaugurada el 19 de marzo de 1979 con una cena campestre.

Los que integramos aquel IIGHI de los primeros tiempos no éramos muchos. En general, proveníamos de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste; otros derivaban del PER o del CERNEA, y los más jóvenes eran becarios o pasantes adscriptos a los proyectos. También había un pequeño número de personas subsidiadas que desempeñaban tareas temporarias. Recuerdo que en virtud del citado convenio ejercí la dirección del Instituto desde el 19 de marzo al 17 de junio de 1979, para desde entonces asumir otras responsabilidades en la provincia del Chaco —que resultaron ineludibles— para luego retornar definitivamente al IIGHI el 1 de abril de 1981. Alfredo Bolsi me reemplazó en esas funciones y con todo acierto llevó adelante la pesada carga que significaba la organización inicial. Su paciencia y magisterio continuó en el Instituto por largos años con invariable adhesión. Junto a nosotros se incorporó al núcleo de investigadores Norma Meichtry, que provenía de los programas citados. Del resto de los integrantes de aquella dotación inicial habrá ocasión de hablar más adelante.



¿Qué nos llevó a embarcarnos en aquella institución recién creada, ubicada en una sede alejada de la facultad y de nuestras casas? No es fácil determinarlo, porque casi todos nosotros, al menos el elenco directivo, éramos profesores titulares de la Facultad de Humanidades, con dedicación exclusiva, cargos ganados por concurso. De hecho, pasar al IIGHI no significó una mejora económica sino más bien un aumento de trabajo, traslados diarios y una carga adicional de responsabilidad y riesgo, si aquello no se consolidaba como esperábamos. Sin duda, pasar a integrar la carrera del investigador del CONICET era una apetencia legítima y creo, añadía prestigio a nuestra posición académica. Tanto Bolsi como yo estábamos vinculados a ella, aunque de modo externo; Bolsi había sido becario y yo había integrado tanto la Comisión Regional como después la Comisión Asesora en Historia y Antropología durante años, y con ello habíamos afianzado vínculos con la Institución.

Creo que lo que nos llevó a la creación del IIGHI fue también la desazón que nos causaba la vida universitaria, muy agitada por aquellos años. Si bien la UNNE, por su ubicación geográfica, era un poco marginal a las cuestiones que agitaban a las sedes más antiguas como Buenos Aires, La Plata o Córdoba, no permaneció ajena a esos conflictos. Yo mismo estuve involucrado en uno de

ellos, pues renuncié como decano de la Facultad de Humanidades en

1968 para, luego de una crisis institucional, asumir como rector entre 1969-

1970 para normalizar el funcionamiento de la Universidad. La década de 1970 fue particularmente conflictiva en el orden nacional y las interrupciones, tumultos, huelgas, conflictos, declaraciones y muchas otras cosas quitaban a nuestra vida académica la continuidad y tranquilidad necesaria para cumplir con nuestra labor docente y las tareas de investigación inherentes a la dedicación exclusiva. Por momentos, era imposible alcanzar el equilibrio necesario para trabajar y al mismo tiempo estar atentos a las convulsiones internas de la agitación universitaria, sobre todo entre 1972 y 1975. Muchas veces estábamos hartos en medio de un clima político asfixiante y belicoso. Ese desánimo y la oportunidad de incorporarnos a un centro de investigación ajeno la Universidad, dependiente de una institución nacional acreditada como el CONICET, y al mismo tiempo, mantener con dedicación simple la labor docente en nuestras cátedras, parecía una solución acertada para combinar lo que siempre había sido nuestra apetencia: enseñar e investigar a tiempo completo y en forma regular.



La tentación debió ser mucha; y la frustración de nuestra labor

en la UNNE considerable para que varios decidiéramos incorporarnos al proyecto. En el caso de quienes provenían del PER o del CERNEA, tal vez hayan sentido similares estímulos. Sin duda, la regularización de sus cargos en una institución que prometía estabilidad en carreras como las del investigador o del técnico, ya organizadas y remuneradas, era conveniente para sus trayectorias académicas. Desde luego se tentó a varios colegas de disciplinas afines y similar vocación por la investigación, y como resultado de ello se decantó una nómina, con la cual se integró el plantel inicial. La idea era formar un instituto que aunara dos disciplinas íntimamente ligadas, como la historia y la geografía, en un proyecto que, en principio, se abocara a estudiar la ocupación del espacio, el poblamiento y el desarrollo del Nordeste sin fechas límite y prestando atención a la vinculación de esta región con los países vecinos, como Paraguay y Río Grande do Sul, en Brasil, así como al resto del territorio argentino. Eventualmente, de ese núcleo inicial podrían derivarse en el futuro otros proyectos y nuevos campos de trabajo, e incluso agregarse otras disciplinas, como efectivamente ocurrió con el correr de los años.

Para nosotros no significó una ruptura con la Facultad, ya que conservamos la titularidad de nuestras cátedras y funciones docentes, e incluso la posibilidad de entrever a futuros becarios para ser iniciados, pero al parecer el alejamiento enfrió los vínculos y creó diferencias entre los que se apartaron y los que quedaron. No en todos los casos, pero en general creo que así ocurrió. Esas diferencias procuraron ser corregidas institucionalmente a través de convenios de colaboración. Así, por ejemplo la mutua participación en la revista *Folia Histórica del NEA* a partir del número 4, o la edición de los *Cuadernos Docentes* que, editados por el IIGHI, tenían aplicación práctica en nuestras respectivas cátedras. Valga como ejemplo la *Guía para ejercicios y trabajos prácticos en geografía de la población*, en 170 páginas que redactó Bolsi para sus alumnos de Geografía Humana y que aún hoy se utiliza. Otros casos similares abonan esa continuidad de vínculos que procurábamos mantener abierta.

La organización inicial

En la nueva sede se comenzó por la organización interna, la asignación del espacio y de los gabinetes para el trabajo y la provisión de la incipiente biblioteca, entre otros apremios. La memoria de 1981, que de algún modo suple la de 1979-1980, mecanografiada y olvidada en algún archivo, refiere que a los tres investigadores aludidos se sumó un grupo de profesionales que, con rango de asistentes en la carrera de respectiva del CONICET, conformó la planta inicial del IIGHI. Todos eran profesores egresados de la UNNE con cierta experiencia en proyectos anteriores, como Héctor Rubén Borrini, María E. Pérez y Emita Blanco Silva. Más tarde se agregó Mabel Caretta. A ellos se sumó un grupo de técnicos como Dionisio A. Cáceres, dibujante y cartógrafo, Alberto A. Rivera, bibliógrafo, María M. Mariño (dactilógrafa), así como un par de artesanos para atender la maestranza y otros servicios. También, y por un breve tiempo, se contó con otras personas subsidiadas para trabajos específicos. Algunos egresados jóvenes, como Enrique César Schaller y Cristina Sonzogni, pasaron a revistar como becarios después de la convocatoria del CONICET, junto con otros aspirantes a dichas becas.

Si bien las instalaciones eran nuevas y espaciosas, dotadas de aire acondicionado, los gabinetes, así como la biblioteca y los espacios comunes, requerían moblaje y elementos de trabajo. Todo ello fue incorporándose, y a fines del primer año, merced a la incansable labor ordenadora de Bolsi, el Instituto ofrecía un aspecto satisfactorio, cómodo y un tanto espartano. Se habían incorporado escritorios, sillas, mesas, bibliotecas, iluminación y lo que para aquella época era todo un adelanto: un ordenador IBM 1520, a cargo de Mabel Caretta; una máquina de escribir IBM 82 C bajo la supervisión de Mariño y un lector-reproductor de microfilmes Kodak Recordak. La biblioteca, regida por Emita Blanco Silva, comenzó a crecer en su existencia de libros y revistas, orientada a reunir documentación y bibliografía de interés regional, es decir especializada en el NEA, Paraguay y sur del Brasil. Otro servicio fundamental lo constituyó la mesa de cartografía,

en la cual Cáceres dibujó todos los croquis y mapas que requería nuestro trabajo, nota que fue uno de los rasgos distintivos del IIGHI: la funcionalidad de la cartografía en los estudios geo- históricos que emprendíamos. La impresión por mimeógrafo y el armado y encuadernación de los trabajos se encomendó a Roque Navarro.



Aquí cabe hacer un comentario que creo indispensable para la comprensión del funcionamiento del IIGHI. Todos los recursos que requirió la rápida construcción de la sede de Laguna Brava, así como el equipamiento y los fondos para algunos subsidios, fueron proporcionados con diligencia por FUNDANORD, entidad sin fines de lucro que, merced a un convenio firmado el 12 de abril de 1977, administraba los fondos votados por el CONICET para estos fines. Administración que, al obviar el trámite formal que seguían las cuentas públicas, le permitía esa entidad recuperar el valor del dinero girado y transitoriamente no invertido, para de ese modo paliar con los intereses ganados, los efectos de la inflación y atender con eficacia y rapidez la construcción, equipamiento y otras necesidades de esos institutos. El personal de carrera incorporado al CONICET cobraba sus haberes por la vía administrativa correspondiente, al igual que los becarios. Con pesar debo señalar aquí que la buena fe de esta administración de FUNDANORD fue cuestionada en 1984 por el entonces interventor del CONICET, Carlos A. Abeledo, lo que dio lugar a un proceso ante la Procuración Nacional del Tesoro por presunta defraudación de bienes públicos. Acusación sobre la cual,

años después, se desestimaron los cargos formulados por falta de mérito.

Al margen de estas tareas de organización y de los estudios y publicaciones, de los cuales las memorias de 1981 a 1983 dan detallada cuenta, quedan por mencionar otros rasgos de la vida cotidiana a que nos obligaba la diaria travesía desde Resistencia hasta Corrientes, así como nuestra propia convivencia en aquella sede de Laguna Brava.

Buena parte de los integrantes del Instituto vivíamos y trabajábamos en Resistencia. La suerte había querido que se concentraran en aquellos terrenos de la Ruta 5 todos los institutos recientemente creados en Corrientes, entre ellos el IIGHI. De modo que teníamos que viajar diariamente hacia allí. Dada la distancia, unos 50 kilómetros aproximadamente y sobre todo, a la falta de transporte público en ese itinerario, suplimos el inconveniente solicitando una Combi Volkswagen que había pertenecido al CERNEA para aplicarla al servicio del Instituto. Todas las mañanas, la combi partía de desde la casa de Bolsi, vecina a la mía en la calle Catamarca al 400, y con él al volante, recogía a los que esperaban en el camino. Tras cruzar el puente, se añadían algunos que subían en la avenida 3 de Abril. Repleta de gente, llegaba la Combi al Instituto y allí quedaba hasta la tarde, para emprender el regreso en la misma forma. Muy pocos disponían entonces de auto o motocicleta como hoy y el servicio de la combi era indispensable para llegar y regresar sin pérdidas de tiempo. No recuerdo cómo se financiaba el viaje, ni tampoco el destino posterior de la combi.

En busca de otra sede

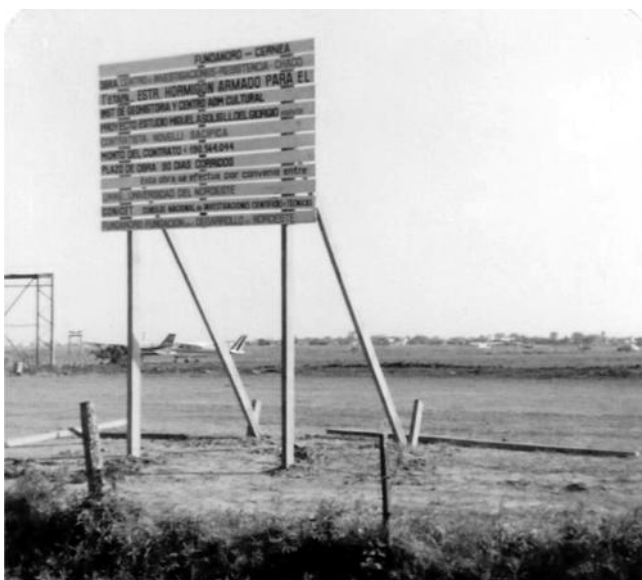
Sin perjuicio de apelar a este vehículo, la ubicación tan marginal del IIGHI, alejado de nuestras casas y de la facultad, constituía un problema que era

necesario resolver. En cambio, institutos como el CECOAL estaban allí a sus anchas, con espacios para sus vehículos, lanchas y equipamiento para el estudio de los ríos. Otro tanto ocurría con el INCYTH. Para nosotros, ese apartamiento no tenía futuro; incluso el alejamiento urbano de Corrientes, si bien generaba tranquilidad y aislamiento beneficiosos para la lectura y el trabajo, era un inconveniente para armar cursos, encuentros e incluso visitas e intercambios. Además, quienes integraban el comité de representantes que anualmente visitaban el IIGHI en nombre de ambas instituciones patrocinantes, para conocer sus necesidades y rendimientos, académicos, no dejaron de señalar este apartamiento como un inconveniente que merecía ser corregido.

Frente a ese problema, y estando personalmente involucrado en ello, aproveché mi gestión en el Ministerio de Educación de la Provincia del Chaco para buscar una solución. Por aquel entonces, el antiguo campo de aviación que ocupaba todo el lado sudeste de la calle Castelli se hallaba en gran parte baldío y sin destino aparente. Me informé sobre su situación catastral e inicié un trámite para que la provincia cediera dos hectáreas de ese terreno sobre la calle Castelli ya citada y frente a la UNNE, a fin de instalar allí aquellos institutos que el CONICET dispusiera. El argumento esgrimido aludió a la necesidad de incrementar el número de sedes de investigación científica en la provincia, su notoria cercanía a la UNNE —entidad a la que se suponía estarían ligados— y tratarse de tierras públicas aun sin destino específico, dado que el viejo aeropuerto ya no funcionaba allí. Mis argumentos persuadieron al gobernador, general Antonio F. Serrano, por lo cual dictó la Ley 2509, del 23 de febrero de 1981, cediendo esas dos hectáreas al CONICET con la finalidad precisa de ser destinadas a fundar centros de investigación. La donación fue aceptada por el Consejo el 31 de julio de ese año y tras una nueva gestión se obtuvieron los fondos para diseñar el proyecto e iniciar la construcción de la nueva sede.

En la memoria de 1981 se da noticia de lo dispuesto y del inicio de la construcción, en lo que dio en llamarse entonces Campus Resistencia, señalándose que esta ubicación del IIGHI permitiría una relación no sólo más próxima sino también más

eficaz y complementaria entre ambas instituciones. Al 31 de diciembre de 1981 se hallaba construida la estructura del edificio y su terminación prevista para comienzos de 1983. Las fotos de esa obra muestran el panorama que entonces ofrecía el lugar: un completo descampado frente a la UNNE, con una calle de tierra y un molinete que permitía entrar a la universidad cómodamente, sin dar la vuelta por la entrada principal de la calle Las Heras. Por otra parte, la eventual desocupación de la sede de Laguna Brava no trajo problemas. Fue solicitada de inmediato por el doctor Rafael Herbst para ubicar allí su PRINGEPA, Programa de Investigación Geológica del Paraná, como efectivamente sucedió. No me cabe duda que esta situación pudo ser resuelta eficaz y aceleradamente sólo porque nos hallábamos en tiempos excepcionales: la comprensión de las instituciones en juego, la existencia de tierras disponibles y bien ubicadas y además por la particular ubicación política que yo desempeñaba en aquellos años.



De aquella etapa correntina, y al margen de la actividad personal y colectiva de los investigadores allí radicados – registro del que dan cuenta las memorias de los años ochenta y que no son objeto de esta crónica– quedan por referir varios aspectos de orden interno, como el almuerzo y la siesta, la limitación de nuestras comunicaciones, y entre otras cosas, la

forma en que se editaban los trabajos.

Como nuestra jornada comenzaba a la mañana, pues llegábamos entre las 8 y las 8.30 y con horario corrido seguíamos allí hasta la tarde, se imponía considerar el almuerzo. En aquel sitio no había cerca almacenes ni comedores, de modo que inicialmente intentábamos llevar algo preparado y con ello intentábamos almuerzos más parecidos a una dieta que a una comida regular. No recuerdo bien los detalles, pero finalmente acordamos comer allí, con lo que nos preparaba la señora Jovita Orué. Nos reuníamos en la cocina y ella nos servía lo que había preparado para el día: un menú sencillo y sustancioso. No recuerdo cómo se solventaban esos gastos, pero pese a las dificultades que ello suponía, permitió que además de alimentarnos aprendiéramos a compartir hasta la sobre mesa, un momento de esparcimiento. Algunas fotos permiten creer que ese momento no sólo era esperado, sino también grato a todos.

La consecuencia de estos almuerzos, que dadas las circunstancias no duraban demasiado, era la siesta. Estábamos en el norte, en un clima que, salvo algunas semanas del invierno, era caluroso, con soles que aplastaban el ánimo y calcinaban la tierra. Además, los horarios provinciales no eran como los de Buenos Aires. Las oficinas públicas y aun el comercio abrían muy temprano y cesaban en su labor a las 13 y no reabrían hasta las 17, donde la tarde se vivía a pleno hasta muy entrada la noche, lo que permitía un respiro al calor del día. En nuestra vida familiar, todos regresábamos a almorzar en nuestras casas y dormir la siesta, para regresar luego, a media tarde, a las respectivas labores.



De modo que el horario corrido que nos imponía la ubicación del IIGHI nos obligaba a cambiar nuestros hábitos y tratar de sortear la siesta del mejor modo posible. Cada uno se refugiaba en su gabinete, con el aire encendido si era preciso, a leer, escribir o cabecear, según los casos. Luego se recuperaba visiblemente la actividad y más tarde nos aprontábamos para el regreso. Este capítulo, que comprendía la combinación de almuerzo y siesta, fue siempre uno de los más difíciles de sobrellevar.

En cuanto a comunicaciones con el resto del mundo, nos hallábamos bastante limitados. Regularmente se retiraba la correspondencia de la casilla postal, y como carecíamos inicialmente de teléfono y no existían los celulares ni el e-mail, el aislamiento era casi completo. Naturalmente la correspondencia y el correo funcionaban a pleno y gracias a ella nuestro archivo documenta hoy bastante bien cómo nos relacionábamos con el resto de la sociedad.

De lo que estoy seguro es de que no nos aburríamos allí. Teníamos mucho trabajo, algunos en equipo, otros individuales y también faenas colectivas, más ligeras pero indispensables. Tal, por ejemplo, la compaginación de los cuadernos y documentos que editábamos.

El procedimiento que se seguía merece describirse, porque

en realidad, ya pertenece a otra época tecnológica. Cada trabajo mecanografiado con destino a edición era recibido por María Mariño, quien en la máquina eléctrica tipeaba los *stenciles* con todo cuidado, atendiendo a las formalidades que correspondían a cada serie. Y lo hacía muy bien, con una prolijidad ejemplar. Dichos *stenciles* eran luego girados a Roque Navarro, quien desde el mimeógrafo imprimía el número de páginas necesario de cada uno. Una vez concluida esta operación y ya seca la tinta, se colocaban sobre una larga mesa las pilas de páginas impresas y se convocaba a todos, director incluido, a recorrer la mesa e ir juntando, una tras otra, las páginas del folleto o del libro en cuestión. Las tiradas eran de 200, 300 y en algunos casos hasta 500 ejemplares, al tiempo que la dimensión de nuestros primeros impresos era de 20, 30, 60, 90 y hasta 170 páginas. Luego correspondía colocar las tapas, abrocharlas o coserlas, y disponer el material para su encuadernación cuando era preciso. Tarea esta que quedaba en manos de Navarro.

Estas rondas alrededor de la mesa daban lugar a expansiones y constituían verdaderos recreos. Con ello se matizaba el aislamiento individual al que todos eran proclives, con el obligado compañerismo, que nos hacía poner el hombro para cada trabajo. Cada folleto o libro resultaba, en su aspecto material, el esfuerzo de todos. Es de notar que, pese al espíritu festivo que reinaba en estas tareas, no se advirtieron errores ni distracciones que afearan la compaginación de los impresos. Fue una tarea grata, que contribuyó a convivir y a conocernos mejor.

La biblioteca fue desde el comienzo uno de los recursos principales con que contábamos, el corazón mismo del Instituto. Allí se incorporaron libros provenientes del CERNEA y de PER y muchos libros nuestros. Con Emita Blanco Silva se organizó el canje y se formaron las primeras series de revistas. Incluso se adoptó el registro de todas aquellas publicaciones vinculadas al NEA que aparecían en la región o fuera de ella, labor que Emita continúa pacientemente hasta el día de hoy en *Folia Histórica del Nordeste Argentino*. Por distintas vías reuníamos gran cantidad de memorias oficiales de diferentes reparticiones públicas del pasado y fotocopias de otras no asequibles, a fin de integrar nuestra base reinformaciones.

Naturalmente, no había entonces el recurso de apelar a Internet. Dicha incorporación de impresos debió ser activa, pues si en enero de 1981 había en la biblioteca 5392 volúmenes, a fines de ese año ya se contaban unos mil más. Desde entonces ese patrimonio no ha cesado de crecer por las vías tradicionales de compra, canje y donación, que lo ha enriquecido considerablemente. Creo no equivocarme si afirmo que nuestra biblioteca hoy es la más rica de la región en temas vinculados con el NEA y los países limítrofes. Alberto Rivera, comenzó a trabajar allí y a preparar concienzudamente sus valiosas bibliografías sobre distintos temas de estudio.

Los integrantes del equipo

Dentro de ese ambiente comenzamos a trabajar en lo nuestro. En diferentes rangos y responsabilidades, algunos cumplieron funciones decisivas por su labor. Alfredo Bolsi, en quien descansó la mayor parte de las funciones directivas en los años iniciales, supo dar al Instituto su propio sello personal: dedicación, seriedad y competencia en la investigación; gestión inteligente y a la vez afable, matizada por una cuota de humor no exento de sutileza. Alfredo, conocido también por su apodo de “El Indio” –curiosa atribución para quien había nacido en Rafaela de padres ítalo-argentinos– poseía ya una gran experiencia en el campo de la geografía humana. Tenía como modelo a su maestro Carl Sauer, cuyo retrato presidía su oficina, figura de relieve con quien había estudiado en Estados Unidos merced a una beca Guggenheim. Bolsi estaba ocupado entonces en cuestiones territoriales y demográficas del NEA y avanzaba en la cuestión de la yerba mate, la inmigración a Oberá y la vida laboral en Misiones en la primera mitad del siglo XX, tema que después concretó en su tesis doctoral.

Además de su capacidad como investigador, poseía amplias lecturas y se mostró excelente director de tesis y becarios. Con él aprendí lo que significaba trabajar en equipo, compartir conocimientos y brindarnos mutuo apoyo en un tema complejo como es la demografía y la historia, que abordamos más de una vez en forma conjunta. Ese trabajo, así como la

amistad que se inició entre nuestras familias en un patio compartido de nuestras casas vecinas, sirvieron para unirnos más allá de la gestión del Instituto, las cuestiones administrativas del CONICET y la UNNE y la misma vida cotidiana. Una amistad cada vez más estrecha, que se acrecentó cuando su destino lo llamó a Tucumán y debió dejarnos en la década del 90.

Otras figuras más jóvenes, como Norma Meichtry y Héctor Rubén Borrini, también se destacaron desde un principio. Ambos eran egresados del Profesorado en Geografía de la Facultad de Humanidades y se habían desempeñado antes tanto en el PER como en el CERNEA. Norma, inteligente y animosa, fue una destacada investigadora, cuyo nivel y desarrollo profesional se fue dibujando con nitidez al correr de los años hasta adquirir rasgos sobresalientes que hicieron de ella, tras mi jubilación, la continuadora natural en la dirección del IIGHI. Mucho antes, había completado su formación académica en Estados Unidos y se había dedicado a la demografía, la geografía humana y las cuestiones vinculadas con la realidad social del NEA. Fue gran colaboradora en aquella primera etapa, seria, ordenada, firme y capaz, tanto para enseñar como para investigar y conducir. Desde un principio lució como una figura importante en la dotación del IIGHI.

Lamentablemente, las últimas autoridades del CONICET no supieron valorarla. Desempeñó con toda dedicación el cargo de directora hasta que en 2010 se llamó a concurso la dirección del IIGHI. Norma se presentó con todos sus títulos, su experiencia de años y una labor irreprochable el frente de la Institución. Quienes corrieron con el trámite del concurso prestaron oídos a parte interesada y sin asesorarse debidamente con investigadores de rango que conocían la situación del IIGHI y el valor de las personas en juego, declararon desierto el concurso y desplazaron a Norma Meichtry de su cargo. Hemos sentido mucho esta decisión, que nos ha privado de una directora ejemplar y de una amiga y colega llena de virtudes y de espíritu emprendedor.

La figura de Borrini es diferente de la de Norma Meichtry en muchos aspectos. Roberto Brie recomendó su incorporación

desde el CERNEA, calificándolo como un investigador maduro y perspicaz. Su personalidad era sosegada; su origen riojano le otorgaba una cierta pachorra que no ocultaba. Su aguda miopía y sus silencios eran notas distintivas de su simpática figura. No obstante poseía todas las condiciones del investigador, lucidez y sentido crítico, como lo demostró con sus primeros trabajos sobre la Campaña del Oeste en el Chaco y los problemas que trajo la instalación de la represa de Yaciretá en el pueblo de Ituzaingó y en Encarnación, cumplidos en esos lugares, libreta en mano. Quieto en su despacho, era abierto al diálogo, franco y cordial. Fue consejero obligado de los investigadores más jóvenes que, como Enrique C. Schaller y Hugo Humberto Beck, lo buscaban para las confidencias o el consejo sobre sus trabajos. Los libros y estudios de Borrini hablan de su laboriosidad y de su rigor en los temas que estudiaba. Falleció tempranamente y de modo repentino en el año 2006.

El grupo de técnicos de aquellos años trabajó mucho y supo acompañar los primeros pasos en esa etapa fundadora. Dionisio Cáceres poseía una apreciable experiencia cartográfica, adquirida en años de desempeño en el INTA. Plantado frente a su tablero de dibujo, copió y dibujó incontables mapas y croquis con rigor y eficacia; ordenado, conservaba en la planera los originales y los bocetos, y su obra está presente en todas las publicaciones del IIGHI, desde las tapas hasta los gráficos y contenidos. Tenía un alto concepto de su labor y no se apeaba de ese lugar para otras tareas que no fueran de su específica competencia. En los ratos libres se entretenía dibujando con talento figuras, rostros y animaciones más o menos risueñas de nuestra vida en el Instituto. Alguna de esas láminas aún se conserva en el archivo.

Mariño se desempeñaba como dactilógrafa y trabajó intensamente durante esos años, copiando manuscritos ajenos y borradores de todos nosotros. Adquirió así una capacidad de lectura y traducción envidiable, pues leía con toda seguridad cualquier letra que se le presentara. Como señaláramos antes, a ella se debe el mecanografiado de todos los trabajos que se publicaron, la atención de la correspondencia –que entonces era mucha– y otras tareas adicionales. Mabel Caretta llegó para atender el ordenador y desde entonces, como el sistema informático fue creciendo, ella pasó a multiplicar allí su tarea y

con el tiempo, a reemplazar la copia mecanográfica que iba quedando obsoleta. Roque Navarro, que era un buen encuadernador y encargado del mimeógrafo, guillotina y encolado de libros y folletos, fue eficaz en esa tarea, pero su genio inconstante lo hizo acreedor a múltiples reproches por inasistencias, tardanzas y liviandades, de las cuales nunca se corrigió.

A mediados de 1983 supimos que el nuevo edificio para el Instituto se hallaba terminado. Tenía dos plantas; un hall muy amplio y la futura biblioteca ocupaban la mitad de la planta baja, al igual que el salón de conferencias. En la planta alta se distribuían los espacios para la dirección, la sala de reuniones y cursos y los gabinetes para los investigadores y becarios. Nos sobraba espacio, aunque el tiempo demostró que el edificio estaba pensado para alojar mayor número de personas, como hoy se ha puesto en evidencia.

El terreno donde estaba emplazado el Instituto, aun dentro del radio urbano de Resistencia, se hallaba desierto, con escasos árboles y un tupido pastizal hacia el sureste. El cerco perimetral nos servía de poco, pues con frecuencia lo sorteaban los caballos, cada vez que nos robaban los alambrados.

La mudanza se llevó a cabo en agosto de ese año. La misma prometía ser complicada, por la variedad y cantidad de muebles y enseres a trasladar. En particular los libros, que fueron empaquetados y rotulados por Emmita Blanco Silva y llegaron sin novedad. Si bien disponíamos de moblaje, hubo que completar la biblioteca con nuevas estanterías.

Cumplido este traslado, quedamos definitivamente radicados en Castelli 930 y con ello, nuestras comunicaciones con la facultad se facilitaron enormemente. Ahora, los compañeros de Corrientes serían los más afectados por la distancia y el viaje, mientras que los locales se vieron favorecidos por el transporte urbano de Resistencia.

En el nuevo emplazamiento nos ocupamos de arbolar el predio. Emmita, en particular, puso especial empeño en esa tarea forestal, que con los años ha transformado el descampado en un pequeño bosque. Nuestro edificio era entonces la única construcción existente en la vereda de los números pares de la avenida Castelli, sin otros vecinos más que la abandonada

torreta de control del antiguo aeropuerto. Desde allí, el IIGHI reemprendió su labor, dejando atrás los tiempos iniciales de aquella etapa correntina que, desde estas páginas teñidas de nostalgia, nos hablan del crecimiento de una empresa donde compartimos la amistad con el estudio y la investigación de nuestro Nordeste.



El grupo de trabajo de
1983